

## LA ESTRUCTURA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

Por el Profesor ERNEST WAGEMANN

### I

#### COMERCIO MUNDIAL PARALIZADO

La crisis mundial que sorprendió y aquejó a todos los países del mundo en los años 1929 hasta 1932, ha sido un fenómeno excepcional, que en siglos anteriores jamás se había observado. Hasta hoy día no existe unanimidad de opinión sobre las causas de este acontecimiento transcendental. Muchos economistas creyeron ver el fin del capitalismo en esa época, en que no se supo vencer la desocupación industrial y los sufrimientos de la agricultura, la bancarrota de los bancos y la quiebra de los comerciantes.

Desde aquella crisis tan prolongada el comercio internacional no pudo restablecerse y jamás alcanzó posteriormente una situación igual a la que tenía antes de la crisis.

Las cifras reflejan en forma alarmante el decaimiento; así en el año 1928 el comercio mundial culminó con 300 mil millones de marcos oro, mientras que en 1946 apenas alcanzó los 200 mil millones, a pesar de haberse inflado los precios oro en más del doble. Y todo eso, habiendo aumentado enormemente las transacciones internas en los países no vencidos, debido en parte al alza de la renta real, pero principalmente a las tendencias inflacionistas de los valores. En 1928 la renta total de las economías nacionales sumaba 1.200-1.500 millones de marcos; en el presente, aun cuando ha cundido en el mundo entero la economía monetaria, excederá seguramente los 3.000 millones, de los cuales 500 mil millones (= 200 mil millones de dolares), corresponden a los EE. UU. Para comparar las operaciones internas con las internacionales de intercambio, hay que duplicar la renta nacional. A esta suma (entradas y salidas) se contraponen el comercio

exterior (importación y exportación) de todos los países. Resulta entonces lo siguiente:

En 1928 la relación entre el comercio exterior y el producto social era de 8-10 a 100. En 1946 el porcentaje fué apenas mayor al 3%. El comercio exterior en los países vencidos estuvo paralizado poco menos que enteramente durante muchos años. Recién empieza a reponerse lentamente. «Las estrellas contemplan» una humanidad que siempre vuelve a desgarrarse.

Si uno trata de comprender cómo se pudo producir tal trastorno transcendental, encontrará muchas indicaciones de que ciertos contrastes han producido la catástrofe; pero hallará, igualmente, muchas otras observaciones que podrían convencernos de que, del otro lado, son las uniformidades las causas latentes de la situación crítica del mundo.

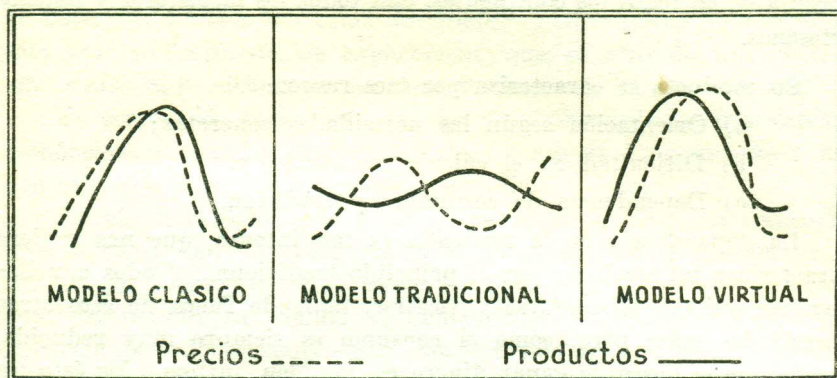
## II

### IMPULSOS ANTAGÓNICOS

La teoría clásica opina que la economía en su totalidad está regida por el principio económico, que representa la tendencia del mayor logro con el menor gasto. Ella sostiene que entre la producción y los precios existe una relación causal muy laudable para el bienestar de los pueblos, siempre que el Estado no se preocupe de intervenir. Conocemos el mecanismo que supone: precios que suben, como consecuencia de necesidades y demandas crecientes, tienden a aumentar la producción; mientras que si los precios bajan, ellos conducen a una disminución en la producción. Esto, en realidad, es solamente un caso especial en la vida económica, que no debe generalizarse y que, además, tiene una validez muy estrecha.

Para fundamentar mi tesis, permítanme señalar que, realmente, hay muy distintas correlaciones entre los precios y la producción que se nos presentan en la vida económica. Como situaciones principales encontraremos las tres siguientes.

### RELACIÓN ENTRE PRECIOS Y PRODUCCIÓN



1. Los precios conducen el movimiento en la producción. Éste es el caso que los clásicos tenían presente. Se observa en las relaciones de muchos productos agrícolas, cuya producción está en manos de los empresarios libres. Como ejemplos citaremos: el algodón en las Indias Británicas; el trigo en los Estados Unidos de América y Alemania.

2. Los precios no conducen, sino siguen el movimiento de la producción. Esto sucede generalmente en la industria. Es cierto que la industria es mucho más sensible a los precios que la agricultura; así sucedió, que durante la gran crisis de los años 1929-34 la producción agrícola bajó menos que la de la industria. Mas, si se compara el nivel de los precios individuales con el término medio de la producción, se ve que durante los años 1895 a 1913 en Alemania los precios industriales alcanzaban el punto más bajo un año más tarde que la producción, y en cuanto al alza, la producción industrial alcanzaba, igualmente, el punto máximo un año después que los precios. Tal correlación dinámica está en contradicción al modelo clásico. De esto se deduce que la interdependencia de los precios y la producción industrial debe ser mucho más complicada de lo que se pensó antes.

3. Una contradicción a aquella teoría, la cual tiene aún más importancia, demuestran los precios de los productos que se cultivan por los pequeños chacareros. En ese caso el movimiento de los precios y el área cultivada se encuentran en clara oposición; es decir en alza, con la tendencia de disminuir el cultivo. Si los precios bajan, hacen aumentar la producción. Ejemplos que lo demuestran lo ofrecen: el arroz, el centeno y la avena.

Según mis observaciones, el principio racional, representado por la producción dominada por los precios, no rige sino la cuarta parte de los hombres en acción. Tal vez la mitad de la humanidad se atiene al principio tradicional diametralmente opuesto al principio económico.

El tipo de hombre que piense y opere según el principio tradicional se encuentra sumamente propagado por todo el mundo; pertenecen a él, en todos los continentes, casi todos los labradores y muchos artesanos.

Su conducta se caracteriza por tres rasgos:

- a) Orientación según las necesidades concretas;
- b) Dificultad en el cálculo monetario, y
- c) Dependencia de costumbre y tradición.

La dependencia de la tradición es tan intensa, que nos sugiere caracterizar tal conducto por el principio tradicional. Todos aquellos hombres quieren alimentarse y vestirse, teniendo fuera de esto otras necesidades más; pero, como el consumo es siempre muy reducido, sucede que el deseo de ganar dinero es, también, ínfimo. Es ésto un antagonismo a la orientación de los círculos comerciales que quieren ganar plata, es decir: riqueza abstracta, no conociendo límites la tendencia de acumulación.

El tipo tradicional gana su vida, principalmente, por su trabajo propio y el de su familia. Para ellos es difícil, por tal causa, encontrar una relación cuantitativa entre esfuerzo y rendimiento. Por lo general no saben leer ni escribir, y, por lo tanto, aunque quisieran, son incapaces de calcular comparativamente el esfuerzo con el resultado. Por este motivo ellos trabajan como lo han aprendido, y siguen viviendo como están acostumbrados desde generaciones. Además sienten una ardua labor como sacrificio a que no están predispuestos, aunque la contraprestación sea grande y suficiente.

Que no es mera teoría podemos constatar empíricamente, si consideramos el principio tradicional como tendencia diferente y antagónica al principio racional.

Repito, pues, que las relaciones entre la producción y el precio son completamente distintas en ambos ambientes; así el cultivador de arroz en la India o —antes de la primera guerra mundial— el labrador de centeno en Rusia aumentan las áreas cultivadas tan pronto como bajen los precios de aquellos productos y las disminuyen cuando ellos suben. Todo lo contrario sucede en las plantaciones de trigo en los EE. UU., y en las plantaciones de algodón en Asia, donde los precios y la producción en áreas cultivadas siguen una tendencia paralela; es decir: se portan como la teoría clásica lo ha señalado.

Para la política económica se tiene que tomar en cuenta de cual sistema se trata para ver si hay necesidad de intervenir; si rige el principio tradicional se debe actuar de otra manera que cuando se trata de influenciar empresas comerciales, que son dominadas por el principio racional.

Recuerdo un fracaso que hubo en las Indias Holandesas durante los años 1936-37. Entonces se intentó aumentar la producción indígena de caucho y la administración del país esperaba un mejor resultado al alzar los precios de aquel producto. Pero sucedió lo contrario; sólo por un impuesto de exportación, que se alzó de una manera muy drástica, se alcanzó el aumento deseado.

Se comprende fácilmente que un paralelismo de los dos sistemas económicos, racional y tradicional, debe conducir forzosamente a una extrema confusión en la economía mundial.

Podría formularse esto como sigue: según el esquema clásico los precios comandan de modo rígido al consumo y a la producción, a fin de que lleguen a equilibrarse en tanto rija el sistema racional. Mas, dominando, en cambio, el principio tradicional por decirlo así, el precio da órdenes equivocadas consiguiendo así que baje la producción al subir los precios debido a escasez, y que suba la producción al bajar los precios debido a abundancia.

Quizás sea éste el inconveniente más grave en la cooperación internacional de los países y sectores económicos.

Este antagonismo llegó a convertirse en un eminente peligro cuando las economías mundiales fueron entrelazándose cada vez más estrechamente.

### III

#### TENDENCIAS PARALELAS

Aquí se revelan las consecuencias funestas de las tendencias económicas paralelas.

Contra toda suposición son, por lo tanto, más bien las convergencias y no las divergencias, y más bien las tendencias iguales y no las distintas, las que perturban, y hasta destruyen, la correlación internacional.

Aunque el globo terrestre está dotado de los más extraordinarios servicios de tráfico, aunque el adelanto técnico va aumentando las perspectivas de producción agrícola e industrial mucho más allá del crecimiento de la población, el excedente no suele llegar a las partes donde los pueblos sufren hambruna. Aún en tiempos de paz muchos millones de seres humanos viven en la indigencia. La humanidad no titubea en quemar trigo, en arrojar café al mar, en emplear frutas como forraje, en acaparar el excedente de las mercaderías, sólo porque la situación del mercado y el afán de lucro lo exigen. Los partidos políticos, las corporaciones profesionales y las naciones, se acusan mutuamente de aquel contrasentido, y, sin embargo, no saben cerrar los círculos de intercambio. Vallas invisibles obstaculizan el camino que une las existencias y el consumo.

### 1. Descenso de natalidad

La alteración más trascendental, con la que deben contar todas las economías nacionales, es un fenómeno que viene anunciándose en algunas partes desde hace algún tiempo — así en Francia desde mediados del siglo XIX — pero que solamente recién se evidencia como proceso internacional; tal alteración es el descenso de natalidad.

Los Estados industriales registran, por lo general, un excedente anual de nacimiento, que en el presente alcanza apenas 5 por cada 1.000 habitantes, acaso menos aun. Temporalmente ha tenido Francia hasta una disminución de su población. En Europa, el aumento anual en la población — según cálculos someros — ha sido reduciéndose del 10 por mil, en el promedio de los años 1870/1910, al 5 por mil, en el promedio de los años 1910/1930. En los EE. UU., la cuota de crecimiento de su población bajó, en esos mismos períodos, del 20 al 15 por mil (excedente de nacimientos sólo 5 a 7 por mil). Un caso excepcional lo presenta el Japón; allí, la creciente industrialización ha ido aumentando el excedente de nacimientos, debido a que el *standard* de vida fué elevado desde un nivel muy bajo.

Los países europeos agrarios mantienen su excedente de nacimientos en más o menos 10 por cada 1.000 habitantes. Asia, con sus mil millones de habitantes, tiene un aumento de población de 10 y aun de 15 por cada 1.000 habitantes, y probablemente tal aumento sea aún mayor. Iguales condiciones encontramos — causado por la inmigración — en Centro y Sudamérica y, en parte también, en otros Estados neocapitalistas, como: África del Sur, Canadá, etc.

Para los territorios altamente industrializados tiene un enorme alcance económico el fenómeno del descenso de natalidad, pues todo aumento mayor de nacimientos implica para la generación productora, también en mayor grado, la misión de crear nuevas plazas de trabajo y nuevas viviendas para la generación venidera.

En un país con aumento rápido de población, se invierte más del 50 % y posiblemente el 90 % de las inversiones totales en nuevas habitaciones y establecimientos para la población creciente. Con un excedente decreciente de nacimientos las inversiones de esta índole tienden a disminuir. Con sobrada razón se atribuyó, en parte, a esta realidad la cesantía que durante los años 1929 a 1932 vino a transformarse en un problema serio para los territorios de pleno capitalismo.

Provocadas por la realidad demográfica concomitante a tales descensos de natalidad, surgen ahora, por el otro lado, para la economía misiones enteramente nuevas, pues los adelantos higiénicos y los demás progresos de la civilización consiguieron reducir la mortalidad, aumentando la proporción de los individuos de mayor edad en el total de la población. Aquello significa una alteración del consumo y de

la producción, un aumento en la demanda de carne, de estimulantes y de una gran cantidad de artículos industriales manufacturados.

Esta nueva estructura de la población no se consideró lo suficiente en los sectores de la edificación de viviendas y poblaciones obreras; mientras mayor es la edad de la gente, mayores son sus exigencias en cuanto a habitaciones y comodidades. Hasta aquí, sin embargo, se atendió un tanto más su seguridad, acelerando y perfeccionando la fabricación de armamentos, en vez de considerar preferentemente la perfección de un *confort* elevado. Si las economías nacionales hubiesen comprendido mejor, y cumplido luego esa gran misión, hubiera sido posible vencer más rápidamente la última crisis. En este punto, empero, la economía privada no supo encarar el problema global de la economía nacional.

## 2. Técnica progresiva (industrialización y autarquía) en materias primas

Con la transformación producida por los fenómenos demodinámicos se entremezcla otro proceso, que produce, en parte, tendencias enteramente opuestas: es la técnica que va progresando a pasos agigantados.

Con anterioridad a 1914, la producción industrial experimentó en los territorios altamente capitalistas un promedio de aumento, por persona y año, del 1 al 1,5 %. Desde entonces se ha triplicado este ritmo, subiendo a un 3 y hasta un 5 %. El progreso técnico fué apoderándose cada vez más también de las etapas inferiores de densidad, principalmente de las regiones neocapitalistas. En aquellos países, que hasta ahora recibieron sus productos manufacturados desde los viejos Estados industriales, surgieron industrias nacionales, al principio de bienes de consumo y más tarde, poco a poco, también de bienes de producción.

Los antiguos Estados industriales, que tropezaron con crecientes dificultades para colocar sus mercaderías manufacturadas en las regiones agrarias y de materias primas, se vieron obligados a explotar nuevas fuentes de materias primas. No sólo procedieron a *reagrarizarse* y a intensificar sus cosechas mediante métodos nuevos, sino que lograron, fuera de eso, prescindir de una materia prima tras otra, consiguiendo fabricarla artificialmente. Así surgieron en Alemania las siguientes industrias nuevas:

1. Producción de aceites minerales sintéticos;
2. Producción de grasas sintéticas;
3. Fabricación de nitratos sintéticos;
4. Producción de fibras artificiales;
5. Fabricación de caucho sintético;
6. Fabricación de «materiales sintéticos» de todo orden (materias plásticas, como resinas sintéticas; materias córneas artificiales; etcétera).

Agréguense a todo esto los adelantos técnicos en la fundición de minerales de poca ley y de baja calidad; el empleo de metales livianos como el aluminio, el manganeso y sus aleaciones: industrias no del todo «nuevas», pero ampliadas y que ocupan un lugar decisivo en el balance de las materias primas.

Esta rápida expansión de la producción industrial de materias primas —a pesar de los costos relativamente subidos, en comparación a la explotación natural— se explica no sólo por el hecho de que debían substituir, en la mayoría de los casos, la materia prima natural, sino, también, por que poseen cualidades particulares, que los transforman, a veces, en productos sui géneris.

Que los antiguos estados industriales exploten industrialmente nuevas fuentes de materias primas, es la compensación por el esfuerzo empleado por las zonas neo y semicapitalistas de independizarse más y más de los bienes de consumo, lo que conseguirán, tal vez, dentro de un futuro no muy lejano. Igual cosa puede decirse respecto a los medios de producción.

Mirándolo bien, representa ésto, dicho en términos generales, una de las revoluciones económicas más grandes de todos los tiempos; no es nada menos que un enorme salto hacia adelante en el desprendimiento de la humanidad de sus enlazamientos naturales. Indudablemente, la era económica ha llegado a una nueva etapa, pues en una reacción curiosa, y a la vez comprensible, frente a los empeños por desligarse económicamente, vuelve a proveerse el suelo patrio en forma tan abundante, tratando, igualmente, de autonomizar el domicilio propio en tal forma, que se produzca la independencia del extranjero, al que nos unía hasta ahora el tráfico. Estas tendencias autárquicas no necesitan implicar forzosamente un empobrecimiento; por el momento significan ellas solamente un notorio estrechamiento del mercado universal.

### 3. Las acumulaciones peligrosas

Conste, pues, que en la economía mundial se destacan, con menor o mayor intensidad, las siguientes líneas evolutivas simultáneamente, o, como se observa en muchos países, en intervalos cortos:

1º Desde algunos años incremento descendente de población, contrario al rápido crecimiento de población en el período anterior a la primera guerra mundial.

2º Enorme adelanto técnico en el tráfico, en la industria y agricultura; evidentemente muy graduado desde las zonas altamente capitalistas hacia las medianamente y neo capitalistas y hacia las semi y apenas capitalistas.



3º Fuertes tendencias de industrialización en los antiguos territorios de materias primas, y creciente autarquía en materias primas en los antiguos países industriales.

Esto significa que todos los sectores de la economía mundial van pareciéndose cada vez más: en las regiones más alejadas se desarrolla la industria; en el alto capitalismo se incrementa la producción de materias primas; y, en casi todas las partes del mundo parece desplegarse una cuota descendente de natalidad, con la consiguiente alteración en la estructura demográfica y modificación del consumo. La faz económica de la tierra, antes arrugada y hendida, muestra ahora facciones lisas, faltas de expresión. La economía mundial se asemeja a una metrópoli, donde el gentío se aglomera, a determinadas horas, en los paraderos de los medios de locomoción o delante de los cines y teatros; y donde, a ciertas horas, inunda los bares, los restaurantes y las calles. En las ciudades se consigue dominar tales acumulaciones, porque obedecen a un horario diario, o bien a las condiciones de cada estación del año, pudiendo preverse, por lo tanto, con bastante exactitud. En la economía mundial, en cambio, los paralelismos, las acumulaciones y sus leyes al haberse registrados ellas —cuestan fijarlos en lo que respecta a su acción temporal. Es ésta la funesta consecuencia de la progresiva eficacia de los medios de comunicación (correo, prensa, radio, cine, etc.). Podría hablarse —según la palabra de Hegel— de una ironía en la historia universal, pues mientras mayor son las analogías entre las formas vitales y económicas de los diversos pueblos, menor son sus sentimientos de fraternidad, ídolo de la revolución francesa. El odio alcanza más bien al vecino y no al forastero, y más bien a la estirpe y no a los huéspedes desconocidos. De tal suerte, esta aproximación ha causado daño a la economía mundial, yendo en aumento progresivo el número de los odiosos competidores, que reemplazan a los distinguidos clientes comerciales.